

material. Abul-Wahiab llega á su vez, y destruyendo las credulidades populares, convierte el mahometismo á la razon pura. Cada siglo levanta una punta del velo que esconde la gran imágen del Dios de los dioses, y le descubre detras de todos los símbolos que se desvanecen, solo, eterno, evidente en la naturaleza y pronunciando sus oráculos en la conciencia.

Damasco, 3 de Abril.

He pasado el dia recorriendo la ciudad y los bazares.—Recuerdos de San Pablo presentes á los cristianos de Damasco.—Ruinas de la casa de donde se escapó de noche en un cesto colgado.—Damasco fué una de las primeras tierras donde sembró la palabra que cambió la faz del mundo, y en donde aquella palabra fructificó rápidamente. El Oriente es la tierra de los cultos, de los prodigios, y aun de las supertisiones; la grande idea que trabaja en él las imaginaciones en todo tiempo es la idea religiosa. Todo este pueblo, costumbres y leyes, está fundado sobre religiones. Nunca ha sucedido lo mismo en Occidente. ¿Por qué?—Raza menos noble, hijos de bárbaros que se resienten todavía de su origen. Las cosas no están en su ór-

den en Occidente: la primera de las ideas humanas no viene en él sino despues de las otras.—Pais de oro y de hierro, de movimiento y de ruido. ¡El Oriente, pais de meditacion profunda, de intuicion y de adoracion! Pero el Occidente anda á pasos de gigante, y cuando la religion y la razon que la edad media separó en las tinieblas, se hayan confundido en la verdad, en la luz y en el amor, el espíritu religioso, el aliento divino, volverá á ser en Occidente el alma del mundo, y producirá sus prodigios de virtud, de civilizacion y de genio.

¡Así sea!

4 de Abril, Damasco.

Treinta mil cristianos hay en Damasco y cuarenta mil en Bagdad: los cristianos de Damasco son Armenios ó Griegos: algunos sacerdotes católicos sirven á los de su comunion. Los habitantes de Damasco toleran a los frailes católicos; están acostumbrados á su trage y los consideran como orientales. Muchas veces he visto estos dias a dos sacerdotes lazaristas franceses que tienen un pequeño convento escondido en el pobre arrabal de los Armenios: uno de ellos, el P. Poussous, viene por la noche á mi casa. Es un sugeto escelente, devoto, instruido y amable; me ha llevado a su

convento, donde instruye a los niños pobres árabes cristianos. La sola consideracion del bien que puede hacer le retiene en este desierto de hombres, donde siempre tiene que temer por su seguridad, y sin embargo está alegre, sereno y resignado con su suerté. De cuando en cuando recibe, por las caravanas de Siria, noticias y socorros de sus superiores de Francia, y algunos diarios católicos; me ha prestado varios, y nada me parece mas singular que leer esas chismografías piadosas ó políticas del barrio de San Sulpicio de Paris, á las orillas del desierto de Bagdad, detras del Líbano y del Antí-Líbano, cerca de Balbek, en el centro de un inmenso hormiguero de otros hombres ocupados en muy distintas ideas, y donde nunca ha resonado el ruido que metemos y los nombres de nuestros efimeros grandes personajes. ¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad, escepto servir á Dios y á los hombres por Dios! Nunca se penetra uno de esta verdad mas que cuando viaja, y ve cuan poca cosa es un movimiento que ataja un mar! El ruido que intercepta una montaña! La fama que una lengua estrangera no puede pronunciar siquiera! Nuestra inmortalidad no está seguramente en esta falsa y breve inmortalidad de nuestros nombres terrenos!

Hemos comido hoy con un anciano católico de Damasco, que tiene mas de noventa años y goza

de la plenitud de sus facultades físicas y morales: excelente y admirable viejo en cuyo semblante se ve estampada aquella serenidad de la benevolencia y de la virtud que da el sentimiento de una vida pura y piadosa cercana á su término! Nos colma de todo género de favores: anda corriendo por nosotros como un muchacho. El P. Poussous, su compañero, dos comerciantes de Bagdad y un gran señor persa que va á la Meca, contemplaba la agradable reunion de la noche, en los divanes de M. Baudin, enmedio de los vapores del tabaco que anublaban y perfumaban la atmósfera. Con ayuda de M. Baudin y de M. Mazoyer, mi dragoman, conversábamos con bastante facilidad: la cordialidad y la mas perfecta sencillez reinaban en aquella tertulia de hombres de los cuatro ángulos del mundo. Las costumbres de la India, de la Persia, los acontecimientos recientes de Bagdad, la rebelion del bajá contra la Puerta, eran los temas de nuestras conversaciones. El habitante de Bagdad habia tenido que huir al desierto de cuarenta dias, en sus dromedarios, con sus tesoros y dos jóvenes Francos, y aguardaba con impaciencia noticias de su hermano cuya muerte recelaba; pero mientras estaba hablando de él con nosotros, le entraron una carta de aquel hermano:—habia logrado salvarse é iba á llegar con la retaguardia de la caravana. Lloraba de alegría el buen hom-

bre; nosotros llorábamos tambien, á causa de él y á causa de los tristes recuerdos que se agolpaban á nuestra mente. Aquellas lágrimas, derramadas juntamente por ojos que nunca debian encontrarse en el hogar comun de un amigo, en medio de una ciudad donde todos no haciamos mas que pasar,—aquellas lágrimas unian nuestros corazones, y queriamos como á amigos á aquellos hombres de quienes ni siquiera se nos han quedado los nombres en la memoria!

4 de abril de 1833.

Terrible tempestad durante la noche: el alto pabellon, con numerosas ventanas sin vidrios, donde dormiamos, temblaba como un buque batido por el huracan. En pocos momentos la lluvia deshizo el barro que cubre el terrado del pabellon, é inundó el piso: por fortuna nuestros colchones estaban puestos sobre unas tablas encima de unas cajas de Damasco, y las mantas nos han guarnecido de la lluvia. Estas borrascas son frecuentes en Damasco, y suelen derribar las casas cuyos cimientos no son de mármol. El clima es frio y húmedo durante los meses de invierno; copiosas nevadas caen de las montañas. Este invierno, la mitad de los bazares se ha hundido con el peso de las nieves, y

los caminos han estado interceptados por espacio de dos meses. Dicen que los calores del verano son insoportables; hasta ahora no lo echamos de ver. Casi todas las noches encendemos braseros, llamados *mangales* en el pais.

Compro un segundo potro árabe a un Beduino, a quien encuentro en la puerta de la ciudad. El animal, mas pequeño que el que compré al agá, es mas fuerte y de un pelo mas raro, flor de albérchigo; es de una raza cuyo nombre significa *rey del jarrete*. Me le cede su dueño por cuatro mil piastras. Le monto para probarle: es menos manso que los otros caballos árabes, pero parece infatigable. Haré que lleve á *Tedmor* (este es el nombre árabe de Palmira, que dí al caballo del agá) uno de mis sais a pié y yo montaré a *Scham* en el camino. *Scham* es el nombre árabe de Damasco.

Un gefe de tribu del camino de Palmira, á quien ha enviado a buscar M. Baudin, ha llegado aquí; se encarga de conducirme á Palmira y de volverme a traer, sano y salvo, á condicion de que iré solo y vestido de Beduino del desierto; dejará a su hijo en rehenes en Damasco hasta mi vuelta. Deliberamos: mucho deseaba yo ver las ruinas de *Tedmor*; sin embargo, como son menos admirables que las de Balbek, como necesitamos por la parte mas corta diez dias para ir y volver, y mi muger no puede acompañarme; ademas, como ya ha llegado

el momento de acercarnos á la orilla del mar, donde debe aguardarnos nuestro buque, renuncio con sentimiento á aquella escursion por el desierto, y nos preparamos á partir dentro de dos dias.

6 de Abril 1833.

Salimos de Damasco á las ocho de la mañana; atrevesamos la ciudad y los bazares atestados de gente; oimos algunos murmullos y algunos apóstrofes injuriosos; nos toman por secuaces de Ibrahim. Salimos de la ciudad por otra puerta que por la que hemos entrado: seguimos á la vera de unos jardines deliciosos por un camino contiguo á un torrente, á que dan sombra soberbios árboles: subimos la montaña, desde donde disfrutamos una vista tan hermosa de Damasco; nos paramos para contemplarla de nuevo. Comprendo que las tradiciones árabes habian de Damasco el sitio del paraíso perdido: ningun lugar de la tierra recuerda mejor el Eden. La vasta y fecunda llanura, los siete ramales del rio azul que la riegan, el magestuoso ceñidor de las montañas, los lagos deslumbradores que reflejan el cielo en la tierra, la situacion geográfica entre los dos mares, la perfeccion del clima, todo indica á lo menos que Damasco fué una de las primeras ciudades construidas por los hijos de

los hombres, una de las paradas naturales de la humanidad errante en los primeros tiempos; es una de aquellas ciudades escritas por el dedo de Dios sobre la tierra, una capital predestinada como Constantinopla. Estas son las dos únicas ciudades que no parecen arbitrariamente colocadas en la carta de un imperio, sino invenciblemente indicadas por la configuracion de los sitios. Mientras haya imperios en la tierra, Damasco será una gran ciudad y Stumal la capital del mundo.

A la salida del desierto, en la embocadura de las llanuras de la Cele-Siria y de los valles de Galilea, de la Idumea y del litoral de los mares de Siria, se necesitaba un reposo encantado para las caravanas de la India: tal es Damasco. El comercio ha llamado a este pueblo a la industria; Damasco es, como Leon, una inmensa fábrica; la poblacion es de cuatrocientas mil almas, segun unos, de doscientas mil, segun otros; no lo sé de cierto, y en imposible averiguarlo; en Oriente no hay estadísticas exactas, es preciso juzgar a ojo. Por el movimiento de la muchedumbre que inunda los bazares y las calles, por el número de hombres armados que se lanzan de las casas á la primera señal de las revoluciones ó de los motines, por la estension del terreno que ocupan las casas, me inclinaria á creer que la poblacion es de tres á cuatrocientas mil almas; pero si no se limita arbitrariamente la

ciudad, si se cuentan como vecinos á todos los que pueblan los inmensos arrabales y las aldeas que se confunden á la vista con las casas y los jardines de esta grande aglomeracion de hombres, creeria que el territorio de Damasco sustenta un millon. Tiendo sobre este pueblo una postrera mirada, haciendo, interiormente votos por M. Baudin y por todos los escelentes sugetos que han protegido y hecho grata nuestra residencia, y algunos pasos de nuestros caballos nos hacen perder para siempre las cimás de tus árboles y de sus minaretos.

El árabe que va al lado de mi caballo me enseña en el horizonte un gran lago que brilla al pié de las montañas, y me cuenta una historia de la que entiendo algunas palabras; y que me interpreta mi dragoman.

Habia un pastor que guardaba los camellos de una aldea en la orillas de aquel lago, en un canton desierto de aquella alta sierra. Un dia, mientras estaba abrevando su ganado, advirtió que el agua del lago huia, por una salida subterranea, y la cerró con una gran piedra, pero en esta operacion se le cayó en el lago su cayado.

Poco tiempo despues, se secó un rio en una de las provincias de Persia. El sultan, viendo su pais amenazado del hambre por falta de agua para los riegos, consultó á los sabios de su imperio, y por dictámen de estos, se enviaron emisarios á todos los reinos circunvecinos para descubrir co-

o se habia torcido ó cegado la fuente de su rio: aquellos embajadores llevaban el cayado del pastor que habia acarreado el rio. Hallábase aquel pastor en Damasco cuando llegaron aquellos enviados: acordóse de su cayado que se le habia caido en el lago, se acercó y le reconoció entre sus manos; comprendió que su lago era la fuente del rio y que la riqueza y la vida de un pueblo dependian de su voluntad.

—¿Qué hará el sultan por el que le vuelva su rio? preguntó á los embajadores.

—Le dará, respondieron, su hija y la mitad de su reino.

—Pues volveos, replicó, y antes de que esteis de vuelta, el rio perdido regará la Persia y regocijará el corazon del sultan.

Subió el pastor á la sierra, quitó la gran piedra; y las aguas, tomando su curso por aquel canal subterráneo, fueron á llenar de nuevo el cauce del rio. El sultan envió nuevos embajadores con su hija al dichoso pastor, y le dió la mitad de sus provincias.

Estas maravillosas tradiciones se conservan con entera fé entre los árabes; ninguno de ellos duda, porque la imaginacion no duda nunca.

7 de Abril.

Nos acampamos por la tarde en la falda de una alta montaña, despues de dos horas de marcha por un país muntuoso, pelado, estéril y frio. Se nos reúne una caravana menos numerosa que la nuestra, que es la del *cadi* de Damasco, enviado todos los años á Constantinopla; ahora vuelve para embarcarse en Alejandreta. Sus mugeres y sus hijos viajan en un cofre doble puesto sobre el lomo de un macho; en cada mitad del cofre van una muger y varios chiquillos, todos tapados. El *cadi* camina á un cuarto de hora detras de sus mugeres, acompañado de algunos esclavos á caballo; esta caravana nos deja atras y va á acamparse mas lejos.

Dura jornada de diez horas, con un frio rigoroso y por valles completamente desiertos; caminamos una hora por el cauce de un torrente donde las grandes piedras derrumbadas de las montañas interceptan á cada instante el paso de los caballos.

Monto una hora ó dos mi hermoso caballo *Tedmor* para que descanse *Scham*. A pesar de dos dias de fatigoso camino, este magnífico bruto vuela como una gacela por el pedregoso terreno del desierto; en un momento deja atras á los mejores

corredores de la caravana; es manso é inteligente como el cisne, cuya blancura y airoso cuello posee. Pienso llevarle á Europa con *Scham* y *Saide*; apenas me apeo se me escapa y va dando corcovos á buscar al árabe *Mansurs*, que le cuida y le conduce; apoya la cabeza sobre sus hombros como un perro cariñoso:—hay completa fraternidad entre el árabe y el caballo, como entre nosotros y el perro. *Marsurs* y *Daher*, mis dos principales *sais* árabes que tomé en las cercanías de *Berut* y que me sirven hace cerca de un año, son sumamente leales y buenos; sobrios, incansables, inteligentes, apegados á su amo y á sus caballos, siempre prontos á pelear por nosotros si se anuncia un peligro. ¡Qué no haria un gefe hábil con semejante raza de hombres! Si yo tuviera la cuarta parte de las riquezas de algunos banqueros de *Paris* ó de *Lóndres*, renovaria en diez años la faz de la *Siria*; todos los elementos de una regeneracion se hallan aquí; solo falta una mano para reunirlos, un buen ojo para darles una base, una voluntad firme para conducir á ella á un pueblo.

Hacemos noche en una especie de venta aislada en una llanura elevada; el frio es insoportable, pero hallamos un poco de leña para encender una lumbrada en el cuarto bajo donde tendemos nuestras alfombras. Se nos han acabado las provisiones de *Damasco*; hacemos amasar un poco de ha-

rina de cebada destinada para nuestros caballos y comemos unas tortas amargas y negruzcas que nos aderezan con ella.

Salimos con el alba y andamos doce horas; llegamos, andando siempre por un pais estéril y despoblado, á un lugarejo donde hallamos un asilo, gallinas y arros. La lluvia nos ha inundado todo el dia, ya no estamos mas que á ocho horas del valle de Beka, pero nos dirigimos á él por su estremidad oriental mucho mas abajo de Balbek.

La misma fecha.

Llegamos á las tres de la tarde á la vista del desierto de Beka.

Parada é indecision en la caravana. La llanura, desde el punto donde estamos hasta el pié del Líbano que se alza como una tapia al otro lado, parece un inmenso lago de cuyo centro brotan algunas islas negruzcas, copas de árboles sumergidos, y vastas ruinas antiguas sobre una colina á tres leguas de nosotros. ¿Cómo lanzarse sin guías, á la ventura, á aquella llanura inundada? Es preciso, sin embargo, só pena de no poder pasar mañana, porque la lluvia continúa, y los torrentes derriban por todas partes sus aguas en el desierto. Caminamos por espacio de dos horas por los pun-

tos mas elevados de la llanura, que nos acercan á la colina donde nos aparecen las grandes ruinas del templo. Dejamos á nuestra izquierda estas desconocidas reliquias de alguna ciudad, sin nombre hoy, contemporanea de Balbek. Varios pedazos de columnas gigantescas han rodado sobre las vertientes de la colina, y yacen tendidos en el lado á nuestros piés. La luz disminuye, la lluvia aumenta, y no tenemos tiempo para subir al templo.

Pasada aquella colina, andamos con agua hasta las rodillas de los caballos. A cada instante alguno de nuestros machos resbala y rueda con nuestros bagages en zanjas de donde los sacan los camelleros á duras penas. Hacemos que vaya un árabe á veinte pasos delante de la caravana para sondear el terreno; pero, llegado que hemos en medio de la llanura, al sitio donde ha abierto su cauce el arroyo de Balbek, nos falta el piso, y tenemos que atravesar á nado un trecho de treinta á cuarenta pies. Mis árabes, tirándose al agua, y sosteniendo la cabeza de los caballos, consiguen pasar á mi muger y á una doncella inglesa que la acompaña; nosotros pasamos á nado. La oscuridad es casi completa; nos damos prisa á cruzar lo restante del valle mientras tenemos bastante crepúsculo para guiarnos. Pasamos por junto á unos paredones, habitados por una tribu feroz de árabes

de Balbek. Si nos atacasen en este momento, éramos perdidos; todas nuestras armas de fuego están por el pronto inservibles. Los árabes nos miran desde lo alto de sus azoteas, y no bajan al pantano.

En fin, en el momento en que cae enteramente la noche, empieza la llanura á subir en cuesta, y nos hallamos en seco á las faldas del Líbano: nos dirigimos por la luz lejana que brilla á tres leguas de nosotros, en una garganta de montañas y que debe salir de la ciudad de Zarklé. Rendidos de cansancio, traspassados de frio y calados hasta los huesos, llegamos, en fin, á las primeras colinas que sustentan la ciudad. Allí, llamándonos y contándonos, echamos de ver que uno de nuestros amigos, M. de Capmas, nos falta: hacemos alto, llamamos, disparamos algunos tiros:—nadie responde. Destacamos dos ginetes que para vayan en su busca y entramos en Zarklé. Una hora empleamos en costear un rio que atraviesa la ciudad y en hallar un puente único que pasa de un arrabal á otro. Nuestros caballos despeados apénas pueden tenerse en el resbaladizo empedrado de aquel puente, empinadísimo y sin pretil. En fin, nos recibe la casa del obispo griego.

Encienden hogueras de retamo en las chozas que rodean el patio; el obispo nos presta algunas estereras y alfombras: nos secamos á la lumbre.

Los dos árabes enviados en busca de nuestro amigo vuelven con él; le colocan casi desmayado junto á la lumbre y pronto vuelve en sí. Hallamos en el fondo de nuestras cajas, inundadas de agua, una botella de rom; el obispo nos da azúcar, y reanimamos con algunos vasos de ponche á nuestro compañero moribundo, mientras que nuestros árabes nos aderezan el piló. El pobre obispo no tiene absolutamente mas que el asilo que ofrecemos, y aun es tal la curiosidad de las mugeres y de los muchachos de Zarklé, que á cada instante atestan el patio y abren las puertas de nuestros cuartos para ver á las dos mugeres francas. Me veo precisado á poner dos árabes armados á la puerta del patio para impedir la entrada.

Al dia siguiente, descansamos en Zarklé para secar nuestras ropas y renovar nuestras provisiones de camino, deterioradas por la inundacion de la víspera. Zarklé es una ciudad enteramente cristiana, fundada hace pocos años en un desfiladero, en las últimas raices del Líbano; debe su rápido y prodigioso incremento á las familias perseguidas de los cristianos armenios y griegos de Damasco y de Homs. Cuenta de ocho á diez mil habitantes, hace un gran comercio de sedería, y aumenta diariamente: protegida por el emir Beschir, soberano del Líbano, no se ve ya molestaba por las correrías de las tribus de Balbek y del Anti-Líbano. Los habitantes industriosos, agricolas y activos, culti-

van las partes mas inmediatas al desierto. El aspecto de la ciudad es muy extraordinario; es una confusa reunion de casas negras, hechas con tierra, sin simetría ni regularidad, en dos rápidas pendientes de dos collados separados por un rio. La garganta de donde baja el rio antes de llegar á la ciudad y al llano, es un ancho y profundo desfiladero de peñascos perpendiculares que se separan para dejar pasar el torrente; precipítase este de meseta en meseta y forma tres ó cuatro cascadas que ocupan todo el ancho de aquellas mesetas, especies de escalones sucesivos. La espuma del torrente cubre enteramente los peñascos, y el estruendo de sus cataratas llena las calles de Zarklé de un sordo y continuo murmullo. Algunas casas bastante elegantes brillan entre la verdura de los abedules y de las altas vides, encima de las cataratas del rio. Allí está la casa de refugio de nuestro amigo, M. Baudin; otra es un convento de monges maronitas. El rio, despues de haber atravesado las casas de la ciudad, que están agrupadas y suspendidas del modo mas singular, sobre sus altas márgenes, y pendientes sobre su cauce, va á regar tierras y prados angostos, donde la industria de los pobladores distribuye sus aguas en mil arroyos. Inmensas cortinas de altos abedules de Persia se estienden hasta donde alcanza la vista por sus riberas, y dirigen el ojo, como una verde calle, hasta el desierto de Balbek y

las nevadas cimas del Anti-Líbano. Casi todos los vecinos son griegos, siriacos ó griegos de Damasco. Las casas parecen miserables chozas de labradores saboyanos; pero en cada casa se ve una tienda, un taller, donde silleros, armeros, y aun relojeros, trabajan con groseros instrumentos en obras de su oficio. El pueblo nos ha parecido bueno y hospitalario: el aspecto de los extranjeros, como nosotros, lejos de asustarlos ó incomodarlos, parece serles agradable. Nos han ofrecido todos los favores que comporta nuestra situacion, y parecen ufanos con la prosperidad cada vez mayor de su pueblo. Zarklé parece el primer apéndice de una gran plaza de comercio, destinada á ser rival de Damasco para el comercio de la raza cristiana con la raza mahometana. Si la muerte del emir Beschir no destruye la unidad de poder que hace la fuerza del Líbano, Zarklé, de aquí á veinte años, será la primera ciudad de Siria. Todas se arruinan, ella sola medra; todas duermen, ella sola trabaja: el genio griego lleva á donde quiera el principio de actividad que reside en esta raza europea; pero la actividad del griego asiático es útil y fecunda, la del griego de la Morea y de las islas no es mas que una estéril agitacion. El aire del Asia suaviza la sangre de los griegos; aquí es un pueblo admirablemente manso, pero en otras partes suele ser muy bárbaro. Lo mismo sucede con respecto á la belleza física de la raza. Las mu-

geres griegas del Asia son la obra maestra de la creacion, lo ideal de la gracia y del encanto de los ojos; las mugeres griegas de la Morea tienen formas puras, pero duras, y ojos cuyo fuego, áspero y sombrío, no está bastante templado por la dulce molicie del alma y la sensibilidad del corazon; los ojos de estas son dos ascuas; los de aquellas son una llama velada por húmedos vapores.

La misma fecha.

El pobre obispo griego de Zarklé es de una familia de Alepo, donde ha pasado su vida en la elegancia y la molicie de las costumbres de esta ciudad, la Aténas de la Asia; se halla como desterrado en este pueblo, sin sociedad y sin recursos morales. Sus modales han conservado la dignidad peculiar de los Alepinos, pero en la suma miseria en que se halla, no puede ofrecernos mas que su humilde vivienda. Hablamos en italiano con él. Le hago al irme una limosna de quinientas piastras para sus pobres ó para él, porque me pareció verdaderamente necesitado. Algunos libros árabes y griegos, revueltos en su cuarto, y un arca que contiene sus magníficas vestiduras episcopales, eran toda su riqueza. Tomé guias en Zarklé para pasar el Líba-

no, por senderos desconocidos; el camino ordinario estaba interceptado por la prodigiosa cantidad de nieve que ha caído durante este invierno. Subimos primero unas cuestas bastante suaves, atravesando unas colinas sembradas de viñas y de moreras. Pronto llegamos a la region de las rocas y de los torrentes sin cuace; sobre unos treinta por lo menos pasamos en el espacio de seis horas. Deslizanse por pendientes tan rápidas, que no tienen tiempo para abrirse un cauce; parecen cortinas de espuma que resbalan sobre la roca pelada y pasan con la rapidez de las alas de un pájaro.

El cielo se cubria de pálidas nubes que interceptaban ya la luz, aunque el dia estaba aun poco adelantado; nos hallábamos completamente envueltos en aquellas rodantes oleadas de nubes, y muchas veces no veíamos la cabeza de la caravana sepultada en aquellas tenebrosas masas. Tambien la nieve empezaba á caer en gruesos copos, y cubria el rastro de los senderos que nuestros guias buscaban en vano; sosteníamos con trabajo nuestros caballos fatigados, y cuyas herraduras resbalaban en los escarpados realces que teníamos que seguir. El magnífico horizonte inferior del valle de Balebek y de los cimas del Anti-Líbano, con las grandes ruinas de los templos de Beka, heridos por la luz, no nos aparecian mas que de cuando en cuando por entre las rasgadas nubes; parecia que navegábamos en el cielo, y que el pedestal desde

donde veíamos la tierra no pertenecía ya á esta. Entre tanto los sonoros vientos que dormían en las profundas y altas gargantas de las montañas, empezaban á espedir sonos lúgubres y subterráneos, semejantes al rugido de una mar encrespada después de la tempestad; pasaban como rayos, ya sobre nuestras cabezas, ya por regiones inferiores, bajo nuestros piés, arrastrando como hojas secas, masas de nieve y granizos de piedras, y aun pedazos de roca bastante gruesos, cual si los hubiera lanzado la boca de un cañón; aquellos pedazos hirieron á dos de nuestros caballos que rodaron con los bagages al precipicio. A ninguno de nosotros le tocaron; mis potros árabes, que los sais llevaban del freno, parecían petrificados de terror; parábanse de pronto, levantaban la nariz y espedían, no relinchos, sino unos gritos guturales semejantes al estertor de un moribundo; caminábamos muy apretados unos contra otros, para vigilarnos y asistirnos en caso de accidente. La oscuridad iba aumentando, y la nieve que nos daba en los ojos nos robaba la poca luz que podía guiarnos todavía. Las bocanadas de viento llenaban toda la garganta, en que nos hallábamos, de nieve revuelta, que se alzaba en columnas hasta el cielo, y volvía á caer formando inmensas sábanas como la espuma de las grandes olas sobre los arrecifes; había momentos en que era imposible respirar; nuestros guías se paraban á cada instante, titubeando, y dis-

parando sus escopetas para dirigirnos; pero la furia del viento no dejaba que resonase nada, y la detonacion de nuertras armas se parecia al ligero chasquido de un látigo. Sin embargo, á medida que nos íbamos internando en aquella alta garganta de las últimas grupas del Líbano, oíamos con terror un rugido grave, continuo, sordo, que crecía por momentos y formaba como la base de aquel horrible concierto de los elementos desencadenados; no sabíamos á que atribuirle; parecia que una parte de la montaña se desmoronaba y rodaba en torrentes de peñascos. Las densas nubes contiguas al suelo nos lo tapan todo; no sabíamos donde estábamos, cuando vimos pasar de pronto, á nuestro lado, varios caballos sin ginetes y machos sin cargas con varios camellos que huían por las nevadas faldas de la montaña. Pronto los siguieron algunos árabes dando voces; advirtiéronnos que nos paráramos, enseñándonos con la mano, á cuarenta ó cincuenta pasos debajo de nosotros, una casa contigua á un peñasco, que las nubes nos habian ocultado hasta entonces; una columna de humo y el resplandor de una hoguera salían de la puerta de aquella casa ó cabaña, cuyo tejado, hecho de enormes ramas de cedro acababa de ser medio arrebatado por el huracan y pendía sobre la pared; aquel era el único asilo que habia para nosotros en aquella parte del Líbano,—el kan de Murat-Bey; un pobre árabe le habita durante el verano para ofre-